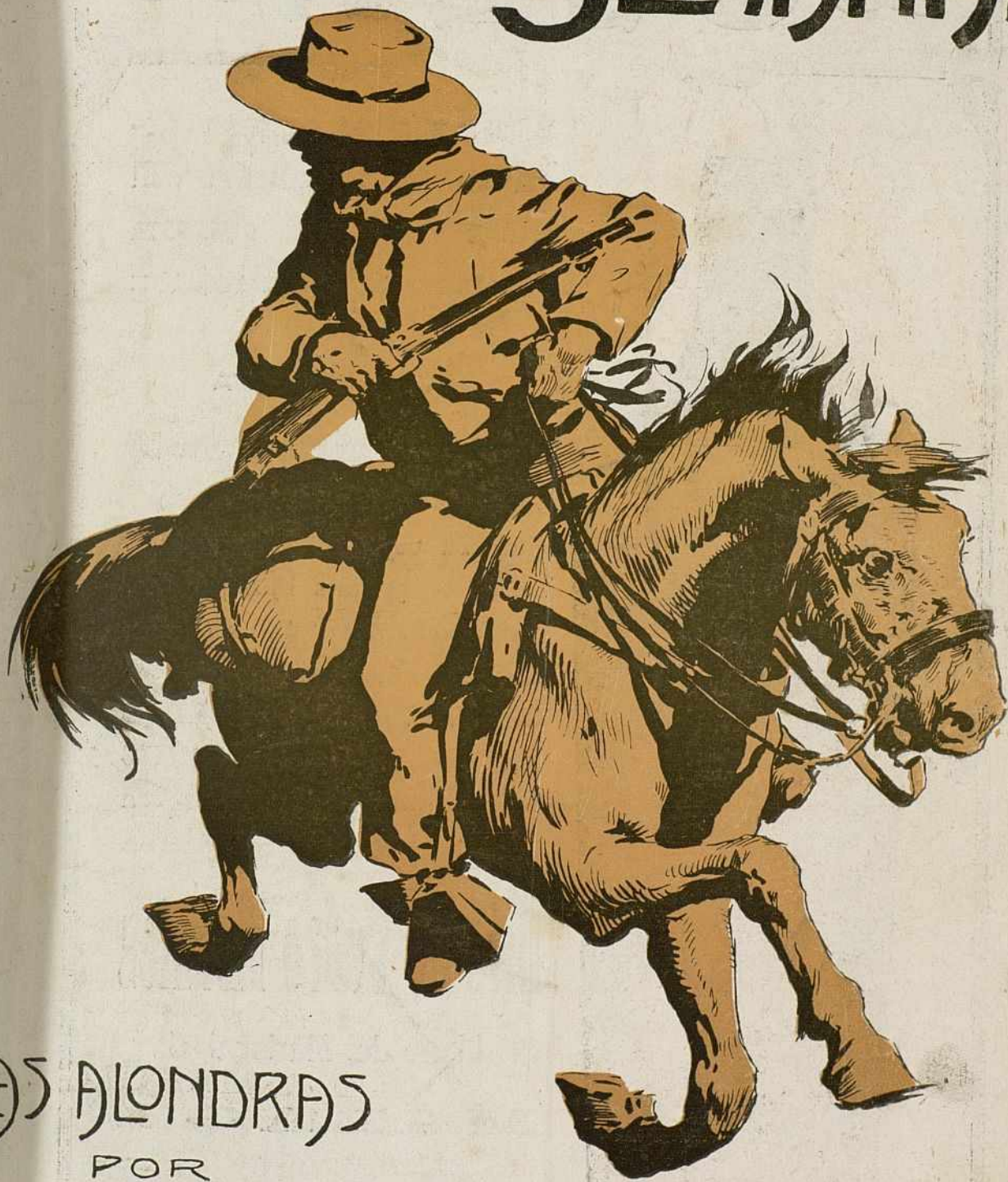


# EL CUENTO SEMANAL



LAS ALONDRA

POR

D. MANUEL LLANES RIVAS

*Ilustraciones de Agustín*

Ayuntamiento de Madrid



# O J E N



El summum en higiene y exquisitez de los anisados & El crédito mundial de que goza :: esta marca lo comprueba ::

ÚNICA LEGÍTIMA

¡81 años de existencia lo atestiguan

Ginebra especial LA FAMA,  
la mejor y más fina por sus  
componentes y la única en Es-  
paña destilada  
COGNAC, RON, ANISADOS  
SECOS Y VINOS FINOS  
Se garantiza calidad y pureza

Hijo de Pedro Morales

Llano del Mariscal, 6

**M A L A G A**

Se venden en ultramarinos, almacenes  
de coloniales, cafés, confiterías, etc., etc.



# LAS ALONDRAS

1

## El tío Paulino y las cosas del tío Paulino

Son las tres de la tarde. El sol de Andalucía reverbera en las casas enjalbegadas, despidiendo un reflejo blanco que ofusca la vista y un hálito de calor que entorpece la respiración. Los vecinos de Picobravo, parroquia de Cazalilla, en la provincia de Jaén, duermen reposadamente la calurosa siesta, mientras las cigarras, sacudiendo un poco la habitual pereza, entonan el concierto de su agudo chirrido con la desabrida voz que la Naturaleza tuvo el capricho de ir á colocar en el abdomen. El aire duerme también en la apacible quietud de las nubes, y en las contadas veces que la brisa despierta y corre, trae vahos de incendio y se respira fuego en ella. Agosto triunfa sobre los campos calcinados, con sus residuos de cañas tronchadas, y sobre los míseros olivos, que no aciertan, polvorientos y ralos, á dar una sombra grata al caminante, á pesar de que eternamente parodian la copa frondosa de un árbol. La vida humana se ha interrumpido al exterior, y la faja blanca de los caminos y senderos permanece inmóvil, sin que figura alguna se destaque en ellos. Es la hora del Sol, vencedor y soberano, y los hombres le rinden el tributo de la ausencia, mientras fecunda tierras para la cosecha futura de los mismos que le huyen.

Ese mismo Sol, hoy refulgente y abrasador, á quien un jaenés friolero, tiritando de frío á la puerta de su casa, en un día del mes de Marzo, insultaba diciéndole:

—¡¡Sal de una vez y alumbra de firme! so tío, que no presumes más que en verano!!

Con unas alpargatas de cáñamo, un pantaloncillo de algodón y en mangas de canisa, que la temperatura no daba para más avios de indumentaria, y aun esos molestaban al cuerpo, estaba el tío Paulino paseándose por la salita de su casa, sudando tantas gotas que parecía una fuente, y echando tantos ternos que bien se veía lo apurado del caso en que nuestro hombre se había metido, sabe Dios por culpa de quién.

Y que el asunto debía tener sus qués y sus por qués era indudable, cuando así perturbaba la cachaza del tío Paulino. Con sus cincuenta corridos—aunque él lo de corridos lo echaba á malicias siempre—; su barriguita, de hombre acomodado; su buena estatura; sus ojillos, pequeños pero negros y vivos; sus patillas, un si es no es entrecanas, y sus dientes, sanos y cabaes, aún les daba guerra á los mozos cuando caían las pesas del lado de pelearse con los mozos... ó con las mozas.

Y que no le hablaran de proezas, ni de aventuras, ni de valentías, que para todas tenía él un caso mayor y ocurrido siempre ante testigos que dieran fe. Que el tío Paulino, cuando era Paulino Sánchez, hizo temblar la sierra con el galope de sus jacas y el retumbar de su retaco, y las mujeres sabían que era rumboso, y á los hombres les constaba que no era el último en llegar á la cita para un alijo ni el primero en huir cuando los carabineros los descubrían.



Pero aquellos tiempos—la Iliada suya—habían pasado: después se casó, después enviudó, quedándole dos chicas, ahora dos mujeres, y no quería ya bromas de justicia. Mucha paz, mucha honradez, y á comerse tranquilamente unos durros ahorrados... que no hay gente más pacífica que la que tuvo una juventud de trueno.

Cuando nacieron las chicas tuvo su miajilla de disgusto, porque soñaba con un varón que reprodujese las glorias de la serranía; pero se conformó en seguida, pensando en que era más tranquilo el vivir en sosiego y que fortuna ya tenía él bastante para los tres. Lo malo de estas cuentas es que con las hijas no sabe uno jamás el número de personas que tiene en torno suyo, y al buen Paulino le habían salido dos personitas más, en figura y presencia de dos novios, que traían á mal traer el corazón de las dos chicas. Esto es lo natural, si señor, y el tío Paulino no decía oste ni moste por el hecho de los noviazgos: la diablura estaba en que los dos habían salido con una devoción descarada al maldecido contrabando, y los apuros que se evitó de pasar por no tener hijos, los pasaba dobles, por los novios y por las hijas, que se daban unos hartazgos de llerar cuando ellos se iban con la partida, que parecían dos Magdalenas, y se daban luego unos atracones de reir y de cantar y de bailar, cuando ellos volvían, que la casa parecía de orates. Y entre que hoy me aflijo y que mañana me vuelvo loca de contento, las niñas traían loco de remate al hombre de más cachaza que había nacido de padre y madre bajo el sol de Andalucía.

Ya quiso alguna vez interponer su autoridad; pero siempre le salía la criada respondona. Y la niña mayor, la María Jesús, que era un manojo de nervios, se le encaraba, como si fuera á comérselo, y le decía:

—Pero ¿usté s'a figurao que eso de querer son barquillos que se juegan todos los días á pares ó nones en la rueda del barquillero...? ¡Hágame usted el favor de decírmelo, hombre...!

Y el hombre, aunque era su padre, se quedaba de una pieza, sin encontrar un argumento para refutar idea tan sólida.

Y la niña menor, la Rosarito, que tenía un cascabel en cada palabra y más intención que un miura, le salía por peteneras:

—¿Que deje yo á mi Pedro...? ¿Y es mi padre el que dice eso...?

El tío Paulino se daba un tirón de las patillas, arrancándose algunos pelos—que, *Arremondo de Madrid*

tre paréntesis, no tenían culpa ninguna—, y respondía:

—Tu padre es quien te lo dice.

—Pues no lo creo.

—Niña, Rosarito, ¡que ofendes la memoria de tu santa madre!

Pero Rosarito, que cuando tenía una idea es como si tuviera una calentura, continuaba impávida:

—¡Pues no lo creo! ¿Cómo he de creer que mi padre pueda aconsejarme que deje yo á ese mocito, si todos me dicen que es el retrato cabal de lo que usted era á su edad, y que no lo hay más bravo, ni más generoso, ni mejor plantado...?

—¡Te mienten, Rosarito!

—¿En qué...? ¿No ha sido usted valiente...?

—¡Eso, sí...!

—¿No ha sido usted rumboso?

—¡Eso, sí...!

—¿Y no ha sido usted un buen mozo...?

—¡Eso, sí...!

—¿Y no lo es usted todavía... Pues lo mismo, que ni pintado se hace más parecido, es el Pedro mío. ¿Cómo me va á decir mi padre que lo deje? ¡Ni por sonación!

Y al padre, que se le caía el sudor, se le caía además la baba de gusto, y entre sudor y baba se le iba el coraje, fundido y derretido como cera.

Y en estas andábamos, cuando la mañana del día que comienza nuestra historia le avisaron al tío Paulino que del Juzgado iban á mandarle un recadito. Esto había bastado para intranquilizarle; pero luego añadieron que la noche última habían recogido el cadáver de un carabinero, muerto á balazos en una refriega...

Póngase por contera de tan malas noticias que los dos niños, el Miguelito y el Perico, no volvieran de la última excursión; que las gentes les achacaban la fechoría, si no á ellos, á la partida; aumentese que en la casa había una de gemidos y de lágrimas que partían las entrañas, y se formará una idea aproximada del mal humor y de los reniegos, algunos con evidente menosprecio de cosas muy respetables, que el tío Paulino prodigaba aquel día.

¿Por qué lo habían de meter á él, señor, en aquel fregado...? Y ya lo advirtió bien: ¡á la primera que asome la jeta con los ojos encendidos de llorar ó con un suspiro, la parto un hueso!

¡Van á venir del Juzgado y no puede ser que sean desolaciones! Han de ver alegrías, y así se





convencerán de que nosotros no sabemos nada, y si sabemos que no nos importa!

Y lo dicho. ¡Que os rompo un hueso!

Las niñas, con el sobresalto de las noticias y con la promesa paternal de romperles algo importante, estaban agazapadas y temblorosas en un rincón de su cuarto.

El padre se paseaba impaciente, sudando por todos los poros y maldiciendo con todas las fuerzas de su alma aquella condenada complicación, que tan hondamente venía á perturbar sus planes de vida tranquila y sosegada.

En la mitad de sus paseos, quedóse el hombre inmóvil. Su oído, acostumbrado á escuchar



y distinguir los rumores de la sierra, había percibido el eco de unos pasos. Como por magia cambió su fisonomía, tornándose apacible é indiferente, y se dispuso á recibir la visita del emisario del Juzgado. Para mayor disimulo, sentóse en una silla, cruzándose de piernas indolentemente; y para dar ya al que llegaba una sensación exacta de la inocencia de aquella casa y de la absoluta tranquilidad de su espíritu, ajeno á todos esos llos y conversaciones, sacó ánimo de su propia rabia, y con su voz de barítono, fresca aún y armoniosa, empezó una copla, entre soleares y carceleras...

—Muchacho, déjalo quieto...  
déjalo quieto, muchacho,  
que ese rosal tan precioso...

Los pasos se acercaban.

—Que ese rosal tan precioso  
lo planté yo con mis manos.

En la puerta llamaron discretamente. El tío Paulino, sin moverse, como si fuera un amigo cualquiera el que llegara, dió el permiso: adelante... Y siguió con su canto:

—Que ese rosal tan precioso...

Se abrió del todo la puerta, empujada desde fuera. Y el tío Paulino siguió impertérrito:

—lo planté yo con mis manos...

Y al decir que con sus manos, empezó una serie de escalas y de gorgoritos dignos de Juan Breva.

El visitante se quedó plantado ante el cantador.

—¿Será posible, tío Paulino, que tenga usted hoy las manos para plantar nada...?

## II

### El tío Cascabeles

El recién llegado era un hombre de sesenta años, alto, huesudo, aguileño, rubio pero tostado del sol y del aire, con unos ojos azules y cándidos, que miraban con la modestia de una mujer modesta, aunque en ocasiones quedábanse clavados con tal fijeza y con tanta intensidad que por ellos se asomaba todo el indomable poderío del hombre acostumbrado á luchar por la suerte y contra la suerte.

Era dueño de un ventorro, á dos kilómetros de Picobravo, sierra hacia arriba, denominado los Cascabeles—de donde venía el apodo al due-

ño—, y las malas lenguas aseguraban que aquel era el punto de cita de todos los majos de la provincia y el escondite obligado de todas las mercancías que pasaban de matute. Fuera ó no fuera, lo cierto es que nunca se le había encontrado nada pecaminoso, y que si bien es verdad que los registros menudeaban en su casa, no lo era menos que de todos salía con su crédito limpio como una patena, llegándose á la conclusión de que no sería un hombre muy honrado, pero de que indudablemente era un hombre muy listo. Y aunque mi conciencia me acuse de punible indecisión, ¡vive Dios que no sé yo cuál de los dos aspectos me parece mejor para irlo pasando medianamente en este pícaro y mal pensado mundo!...

Vestía el tío Cascabeles unas grandes botas de cuero avellanado, pantalón de hilo crudo, una chaquetilla, de hilo también, sin cuello, y abrochada únicamente más abajo de la cintura, una camisa sin almidón y su gran pавero, de alas enormes, que sombreaba su cara tersa y completamente rasurada, dejando sólo asomar y lucir unos tufos blancos que venían, como apoyados en lo alto de las orejas, á rematar, simétricos, en ambas entradas de la frente.

Y este era el hombre que, en lugar del alguacil que se esperaba, estaba ahora plantado ante el tío Paulino y le había dicho con acento de reproche:

—¿Será posible que tenga usted hoy las manos para plantar nada?...

El tío Paulino, por toda respuesta, y volviendo á recoger su expresión contrariada, le contestó con otra pregunta:

—¿Y á qué viene usted por aquí, tío Cascabeles?

El otro insistió:

—¿Será posible que tenga usted alegría?

—¡Qué he de tener! Es que disimulaba. Y por si eran los fariseos, que me encontraran muy contento.

—¡Bien pensado!

—Qué disgustos nos van á dar! ¡Y que de esta hecha nos envuelven en el ajo!

—¡Figúrese usted qué olor vamos á tener...! ¡E ir á pasar, lo que pasó, al lado de mi ventorro, para que alguien sospeche que yo conozco á esos niños...!

El tío Paulino interrumpió sus cavilaciones para quedarse mirando fijamente al tío Cascabeles:



—¿No los conoce usted de veras?...

Al tío Cascabeles se le enrojeció una mijitilla la cara.

—Sí, hombre, sí. Por eso le tengo tanto pánico á las sospechas.

—¿Fué el Niño Bonito?...

—El Niño Bonito y los niños de sus niñas de usted y otros cuantos. Volvían del alijo, es decir, dicen que volvían, que yo no lo sé.

—¿No?

—No, señor.

Hubo una pausa, interrumpida tímidamente por tío Paulino, para preguntar:

—¿Trajeron tabaco?...

—Sí...

Quisiera para mí dos libras de picadura...

—Se hablará...

—Gracias.

Y una vez resuelto este pequeño punto de sus intereses, volvieron ambos al silencio. Al fin, el amo de la casa rompió el mutismo:

—Pero, ¿qué ha pasado?...

—Pues ha pasado... Verá usted... Dicen que volvían; los sorprendieron, hubo sus voces y sus carreras y sus tiros..., y han tenido la desgracia de matar á un carabinero.

—¡Jesús y Jesús!...

—Y ahora digo yo...: y, nosotros, ¿qué tenemos que ver con ese mal paso?

—Usted, algo.

—¿Yo...?

La voz del tío Cascabeles resonó indignada.

—En la Venta de usted se guardan las cosas.

—¿Y eso es razón?... ¡En algún lado se habían de guardar!

—Verdad.

—Además, que no está demostrado eso. ¡De modo que á mí no tenían por qué mezclarme! A usted, sí...

Ahora le llegó el turno de la indignación al tío Paulino.

—¿A mí?...

—Dos de los niños son novios de las niñas de usted...

—¡Pero no lo son míos, caray!

—Verdad, sí, señor; pero usted no las va á dejar solas á ellas, y, si las llaman, es natural que usted la acompañe.

—No digo que no; pero una cosa es ir de padre y otra ir de criminal.

—¡Qué desgracia! ¡En qué mal hora he nacido!

—¿Qué hora era?...

Y el tío Paulino, un poco reconciliado consigo mismo, por aquella cuchufleta lanzada contra su amigo, sonrió burlonamente.

—¿Qué hora?...—contestaba furioso el tío Cascabeles—¡maldito si lo sé, que van ya las bastantes para que un cristiano tenga derecho á olvidarlas! ¡Pero ésta va á ser la de mi ruina!...

Y como si la idea de la ruina hubiera ablandado las fibras que sostenían la cansada humanidad del tío Cascabeles, éste se dejó caer desesperado sobre la silla más cercana. Pero aún no había reposado en ella el espacio de un segundo, cuando se levantó nervioso y descompuesto: antes de hablar, ya el tío Paulino se pusiera al tanto de aquella agitación, pues también escuchó el taconeo de alguien que se acercaba á la casa, y volviendo á tomar la postura en que se dejara sorprender por su actual visita, empezó de nuevo el canto.

—Muchacho, déjalo quieto...

déjalo quieto, muchacho,

que ese rosál tan precioso

lo planté yo con mis manos.

Y mientras uno cantaba, el otro iba dando golpecitos en el suelo con la punta de la cayada que le servía de bastón, y entre los dos diríase que revoloteaban los ángeles de la inocencia y los querubines de la tranquilidad, como si no mereciesen otra vez ni pudieran tener otros pensamientos aquellas dos buenas personas que entretenían el rato de la siesta con sus coplas inofensivas y dulzonas...

### III

#### De tío á tío y el alquacil enhebrando la aguja para sujetar el lío

Golpecito á la puerta y voz de aguardiente por entre las rendijas.

—¿Se puede?

—Adelante quien sea.

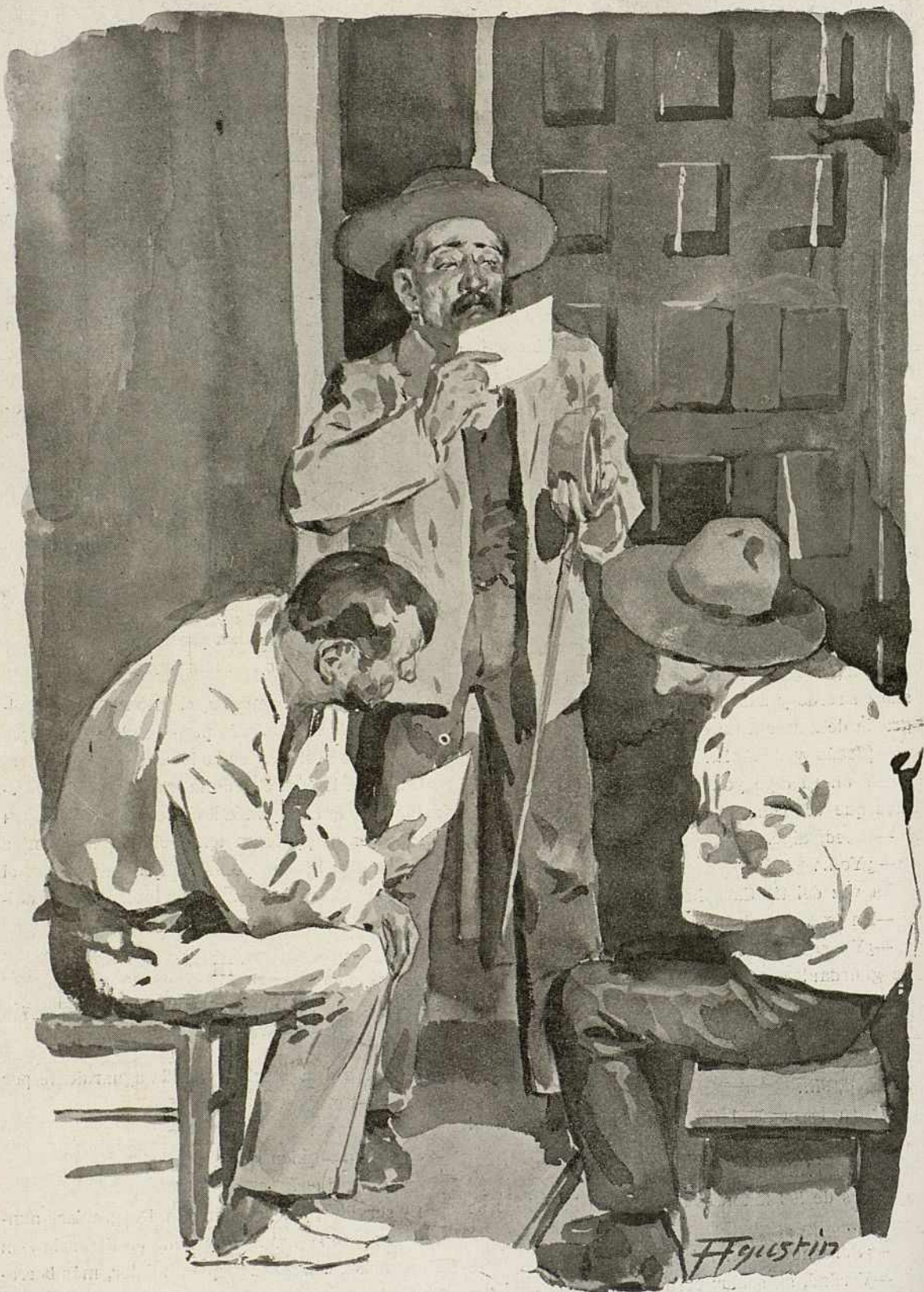
—Un zervidor.

El servidor, que se llamaba Deogracias, aunque la gente se había empeñado en llamarle Don Desgracias, era más feo que un dolor, más borracho que una cuba y más embustero que un chután. Tenía la cara llena completamente de hoyos de viruela, y las moscas, cuando se le paseaban, iban dando tropezones en los baches. Y un día en que el pobre se quejaba, le dijo un gitano:

—Eso de la cara es porque á usted le gusta.

—¿Se podría disimular algo...?





—Completamente: no tiene usted más que ponerse unos kilos de obleas, que las del Juzgado pegan muy bien, y ni Dios le ve á usted un hoyo... Pero la bromita le salió barata al gitano, pues en la primera feria le denunciaron por no sé qué malos negocios, y cuando el hombre se acordó

de darle un duro al alguacil, para no tenerlo en contra suya, el alguacil fué á entregárselo al juez, el juez lo tomó á ofensa, y mientras se ponía en claro, tuvieron al gitano quince días en la cárcel. Y como se quejara de su mala suerte, el alguacil le consoló filosóficamente:



—¿Qué quieres, hombre...! Hay obleas para todos...

Pues este era el personaje, que fué acogido con la sonrisa más afectuosa y con las muestras de la más cordial simpatía.

—Que dure el buen humor, señores.

—Gracias. Y á usted que no le falte. ¿Qué buen viento le trae á usted...?

—Puez no ez viento...

—¿No...?

—No señor. Ez una citación del Juzgado muni-

—Con mucho gusto, pero no puede ser para mí.

—¿No ez uzted el tío Cascabeles? Pues para uzted, clavado.

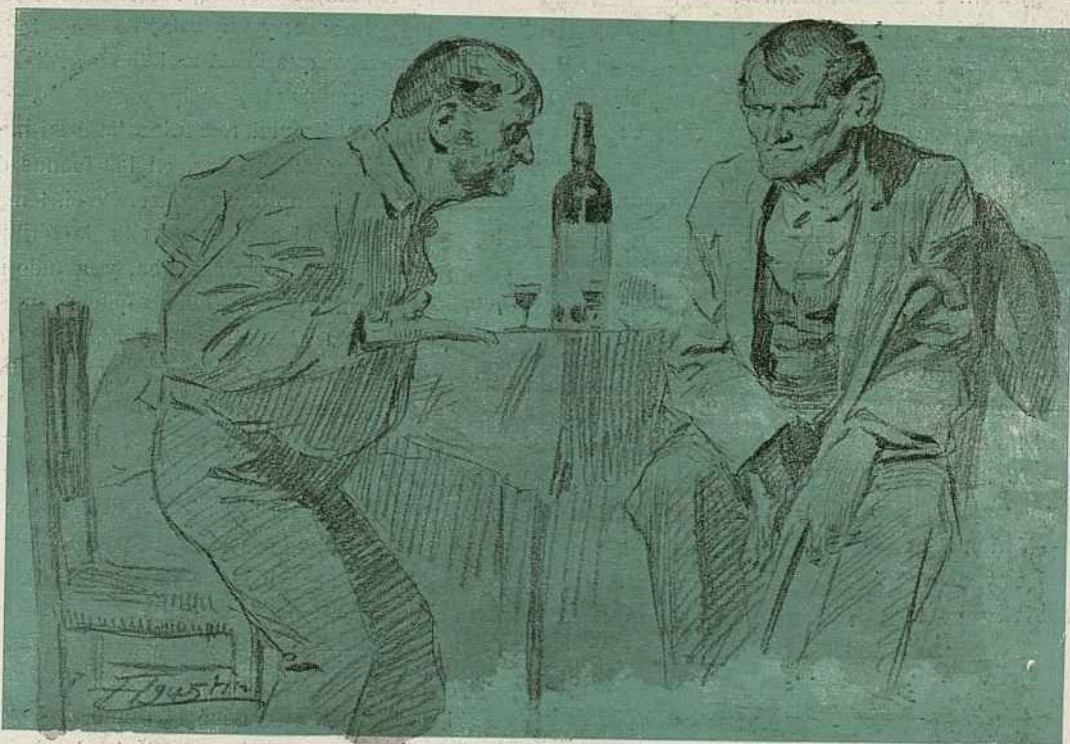
—¿Que no, hombre! Digale uzted al señor juez que es una equivocación.

—Ya ze lo dirá uzted mismo, y le resultará mejor.

Viendo que no había escape, los dos se resignaron á recoger sus respectivos papelitos.

—¿Quieren uztedes firmar...?

El tío Paulino, que no estaba conforme nunca



cipal que actúa ahora como de primera instancia y de instrucción.

—Me alegro. Eso siempre es una subida y el señor juez lo merece. A mí me es muy simpático.

—Y á mí—asintió el tío Cascabeles.

El alguacil, acostumbrado ya á los rodeos, cortó por lo sano.

—Ze lo diré de su parte de uztedes y vamos á lo que vengo. Aquí está la citación para las tres.

—¿Para qué tres...?

—De la tarde de mañana.

—¿Pero está usted seguro de que es para mí?... ¡Mire usted que yo no tengo nada que ver con nadie...!

El alguacil, sin responderle, siguió rebuscando en el fárrago de sus papeles hasta encontrar el que deseaba.

—Y ezte para uzted, tío Cascabeles. Si quiere uzted recibirlo aquí, ahorro el viaje á la Venta...

con nada, que constara por escrito, se apresuró á evitarse aquella diligencia.

—No sabemos...

—Hace ya mucho que no sabemos...—agregó el tío Cascabeles, de acuerdo siempre con todo lo que pudieran ser marrullerías.

—Bueno, firmaré yo. ¿Y uztedes se dan por avisados...?

—Y por muy avisados, ya lo creo.

—Vaya, puez zalud y hasta mañana.

—Vaya usted con Dios.

Y aún no había franqueado el umbral, cuando ya estaban dando á todos los demonios á quien acababan de mandar con Dios.

—¡Te digo que son una polilla...!—bramaba el tío Paulino, y haciéndole coro, aumentaba el tío Cascabeles:

—¡Polilla...! ¡Ganas de hacerles favor! ¡Son unos serpentones y unas viboras!



—Ya no hay más remedio que ir.  
 —Claro.  
 —Pero en el Juzgado lo que debemos decir es no decir nada.  
 —Eso  
 —Que no sabemos nada.  
 —¡Eso!  
 —Y que averigüen ellos.  
 —¡¡Eso!! ¿Y las niñas de usted...?  
 —Harán lo que yo les mande: y que se busquen otros novios.  
 —¡¡¡Eso!!! Y así descansamos.  
 De acuerdo ya en los dos extremos capitales, el tío Paulino, soplando y renegando, sacó del armario una botella cuidadosamente arrebujada en su caperuza de paja, y ofreciéndosela á su compinche, le dijo:  
 —Usted va á tomar un poco de medicina, ¿eh...?  
 —Gracias; no me duele nada.  
 —No importa: ya le dolerá á usted después.  
 —Gracias; no quiero.  
 El tío Paulino se irguió solemne.  
 —¡Le advierto á usted que es Cazalla...!  
 —¡Haberlo dicho antes! Venga una copita.  
 El tío Paulino se enterneció.  
 —Es lo único que me consuela un poquito... ¡muy poquito, tío Cascabeles, pero un poquito!  
 —Y á mí también, tío Paulino.  
 Y ambos se pusieron á mitigar sus penas, ahogándolas en el blanquísimo aguardiente.

#### IV

##### Una mujer de una vez

La cortinilla de percal rameado que separaba la sala-comedor-recibimiento de las habitaciones interiores, se agitó ligeramente á impulsos de una mano; tras de la mano asomó el brazo, después la cara y por fin el cuerpo todo de María Jesús.

¡Madre de Dios, qué cara y qué cuerpo! El mismo tío Paulino, padre y hacedor de tantas maravillas, se quedaba turulato contemplándolas.

—¡Parece mentira—se decía—que haga uno estas preciosidades con tan poquísimo trabajo... y á veces con tan repoquísima vergüenza!

Y todo lo que decía el tío Paulino, incluso lo de la poquísima vergüenza, estaba plenamente justificado, porque no hay derecho para echar al mundo un primor tan estupendo como aquel conjunto de primores que se llamaba María Jesús. Buena moza, para que los buenos mozos tuvieran que mirarla de frente y los pequeñitos se quedasen un cuarto de hora embobados mirando hacia arriba,

con el pelo más negro que las moras de zarza, y los labios rojos como el mismo zumo de las mismas moras estrujadas; con unos ojazos que metían miedo y una voz, dulzona y cantadora, que á un tiempo daba frío y calor como las fiebres; con una línea recta, de los pies á la cabeza, que parecía haberle pedido su gallardía á los álamos, y al mismo tiempo con redondeces de manzana, en su debido sitio colocadas y en justa proporción distribuidas. Morena, que eso lo da la tierra y lo confirma el sol; con la nariz perfecta, de estatua griega, y los labios gruesos, recordando el origen africano de la raza; y un andar de majestad que siempre parecía que iba á recibir en audiencia á los embajadores de un príncipe encantado.

Hacendosa y limpia, reemplazaba á su madre, muerta hacía muchos años, en las faenas de la casa, y era el tirano de su padre. De él, tenía las brusquedades y el arrojó; de ella, la ternura y la fidelidad. El padre la adoraba, y cuando no la adoraba le tenía miedo. El decía que era una mujer de una vez... los otros hombres aseguraban que era mujer de muchas veces, y todos tenían razón, aunque cada cual á su manera.

El tío Cascabeles, que respetaba pocas cosas, entre esas pocas estaban la Guardia civil y María Jesús. A las dos las miraba bajando los ojos en seguida, porque era hombre que le gustaba ir por su camino y abrigaba el presentimiento de que con ellas—con María Jesús y con la Guardia civil—había que caminar por donde á ellas les diese la gana.

Al verla entrar se llevó la mano al borde del ala del sombrero, lo que constituía el saludo más fino de su repertorio, y bajó los ojos inmediatamente, dejando á su amigo y cofrade el tío Paulino la ardua misión de sostener la mirada de aquel ángel exterminador. Y como quien no quiere la cosa y con el mayor disimulo posible apartó de sí la copa de aguardiente que no estaba en la lista de las satisfacciones permitidas por María Jesús—para ver si podía convencerla de que la copa estaba allí por casualidad y de ningún modo para uso y abuso del contertulio presente. Y aunque dos copas, en donde no hay más que dos personas, no dejan lugar á muchas dudas, el tío Cascabeles, por sí ó por no, la empujó hacia el tío Paulino con la deplorable intención de atribuirle las dos...

Lo malo fué que al tío Paulino se le ocurrió la misma idea salvadora e hizo el mismo movimiento, con lo cual vino á resultar que la copa



del tío Cascabeles quedó frente y al lado del tío Paulino, y la de éste al lado y cercana de la del otro, y aunque ninguno tenía la suya, los dos tenían muy cerca un testigo acusador de sus flaquezas alcohólicas.

María Jesús, en cuanto respondió con una leve sonrisa al saludo del tío Cascabeles, entabló la cuestión que la traía.

—¿Qué ha sucedido con esa visita?...

El padre quiso eludir la respuesta, fingiendo ignorancia.

—¿Qué visita?

—¡Vamos, no se ponga usted pesado, padre!

Y el tío Paulino, que á la primera palabra se vió acorralado, decidió dejarse ir río abajo con la verdad.

—Pues mira, sucedió que ya tenemos encima los avisitos del Juzgado; pero no pases apuro, que todo se arreglará con lo que hemos discurrendo éste y yo. Nosotros diremos que no vimos nada, ni sabemos nada, ni nada... ¿comprendes? Y vosotros, tu hermana Rosario y tú, decís que no reconocéis siquiera al Miguel ni al Perico; ¿comprendes?...

—¿Que no los conocemos?...

—Eso es. Y os buscáis otros novios.

—¿Otros novios?

—Eso es.

—¿Y quién es el ladrón que ha tenido esa mala idea...?

El tío Paulino se atragantó, y quiso explicarlo.

—No es eso, mujer...

—¿Quién? — siguió preguntando imperativamente María Jesús.

La cuestión se complicaba.

—No sé, mujer... Con el dolor, ese maldito dolor que tú sabes que se me pone á veces en la cadera...

Sin darle importancia al tono de dolorosa, María Jesús siguió firme en sus averiguaciones.

—¿Quién?

Por si pasaba, el tío Paulino echó una mirada al tío Cascabeles; pero María Jesús, que no quería disimulos, se arrancó por derecho:

—¿Ha sido usted...?

El tío Cascabeles devolvió la pelota de bote pronto:

—Yo no; es idea de su señor padre de usted.

—¿De usted, padre, de usted?...

—¿Mia...? No sé...

—¿Cómo que no sabe usted?...

—Palabra que no...! Con el dolor que tengo

no sé lo que oigo, ni lo que digo, ni lo que me duele, ni nada...

Pero María Jesús no se conmovía.

—¡¡Que olvide yo al Miguel de mi alma!!

—No...

—¿Y que tenga otro novio?

—Que es muy distinto, mujer. Se han dado casos ya de tener uno y pensar en otro y concluir por no pensar en ninguno de los dos.

María Jesús rugió como una leona.

—¡Eso no es para mí, padre!!

El tío Paulino, desconcertado por la acometida, echó mano al frasco de Cazalla, pero María Jesús se lo arrancó antes de que pudiera servirse.

—Ni esto es para usted ahora.

—¡Jesús, Jesús, qué dolor tan grande me dió...!!

—Aguante. Yo no hago la charranada de renegar de un cariño porque á ese cariño le venga hoy la mala.

—¿Quién te pide que reniegues, hija...? Es solamente decir que no le conoces ante el Juzgado, y por negar no se pierde el Cielo. San Pedro negó tres veces.

—Y si usted se ha figurado eso, se engañó usted conmigo. ¡No niego á ese hombre, ni le dejo, ni le traiciono, y tras él me voy si se lo llevan á la cárcel, y con él pediré que me encierren, porque además es una infamia, que Miguel es inocente! Y lo que debemos hacer nosotros es no desamparar á esos desgraciados, ayudarles y portarse como hombres.

—Tú no, mujer...

—Ustedes. Irse ahora al Juzgado, ahora mismo, y contarle la verdad.

El tío Cascabeles pegó un brinco.

—¡La verdad, no! Otra cosa cualquiera... que en el Juzgado, por una verdad, siempre hay que pagar algo.

—Y yo también voy á declarar.

—¿Tú, niña?...

—Déjela usted—apoyó el tío Cascabeles—. Vamos todos, que siempre es más acompañado, y nos repartiremos el susto.

—Y Rosario viene con nosotros.

—¡No, esa no!

—¡¡Vaya!!

Y á gritos, como si la otra niña estuviera á un kilómetro de distancia, empezó á llamarla desahoradamente:

—¡Rosario! ¡¡Rosario!! ¡¡Rosario!!

En tanto que María Jesús enronquecía á fuer-



za de llamar á su hermana, el tío Cascabeles, persuadido de que era inútil resistirse, se acercó al tío Paulino, preguntándole:

—Díga usted, amigo, ¿y esta niña es la que hace lo que usted le manda?...

—Esta, sí, señor. Però ahora la culpa es mía, por no mandarle lo que ella quiere...

#### V

##### La hermana de María Jesús

Presurosa y agitada compareció Rosarito al exigente llamamiento de María Jesús. Si una era rosa, la otra era lirio; si una era fuerte y firme, la otra era débil y sometida, y cada viento que pasaba la hacía inclinarse en una nueva dirección. Fuera de esta semejanza en el carácter, dos gotas de agua no son más parecidas que lo eran las dos hermanas.

Apenas hubo entrado Rosario, María Jesús se encaró con su padre:

—Dígame á Rosarito lo que usted ha dispuesto.

Aunque él no había dispuesto nada, agradeció aquella deferencia á la autoridad paternal, y casi tuvo orgullo al verse mandando algo dentro de casa.

—Sabrás, niña, que hemos de ir al Juzgado á decir que Perico y Miguel son dos hombres de bien, incapaces de ninguna fechoría.

—Al Juzgado... ¿por qué?

Y le entraron sudores de cavilar que había de verse entre los del papel de oficio.

Però al tío Paulino le dió un arranque de energía:

—¡Porque lo mando yo!

Rosarito se puso á temblar como una azogada però bajó la cabeza humildemente:

—Iremos.

—Mañana, á las tres, todos allí. Y de hoy á mañana vamos á aprendernos bien la lección. Y ahora, ¡largol, que estorbáis.

María Jesús y Rosario, ésta abrazada á aquella, salieron de la habitación sin pronunciar más palabra.

En cuanto se quedaron solos los dos compadres, el tío Cascabeles se acercó al tío Paulino, y con una gravedad muy propia del caso, poniéndole una mano en el hombro, le dijo:

—¡Camará, no creí yo que gastaba usted ese genio!

El tío Paulino prefirió no enterarse de la zumbra y aceptó las palabras como sonaban, en su sentido literal. Cogió las dos copas, restablecien-

do su primitiva situación, y las llenó nuevamente hasta los bordes. Luego, ofreciéndole la suya al tío Cascabeles, y mirándole bien á los ojos, respondió:

—¿Este genio...? Este genio no es nada, comparado con el que me guardo para el día que se tropiece un guasón en mi camino.

El tío Cascabeles se calló. Picado por el silen-



cio, el tío Paulino le buseó las cosquillas otra vez:

—¿Se calla usted...?

Y como le viera mover los labios, insistió, ya un poco amoscado:

—¿Qué dice usted en voz baja...? ¿Se puede saber, ó no...?

—Se puede, sí, señor. Estoy rezando ya un Padrenuestro por el alma del pobrecito guasón que se tropiece en el camino de usted...

En la memoria del tío Paulino se removieron de golpe todas sus andanzas de juventud y todas sus majezas de guapo, y todas sus bravuras de caballista; y dispuesto estuvo á coger un cuchillo y ofrecer otro; però, con la misma rapidez que la ira, vino á él la razón, y pensó cuerdateamente que no valía ya la pena de matarse por una palabra, y que después de todo no le faltaba fundamento

al tío Cascabeles—tan bravo y tan probado como él podía serlo—para aquella contestación que dió y que él se había buscado.

Y dominándose y sonriendo, como si le hubiera hecho gracia lo que le dió coraje, alzó la copa á la altura de los labios y preguntó sencillamente:

—¿Bebemos...?

estaban sobre la tierra por casualidad. El juez no se dió por convencido de tantas bondades y terminó el sumario acusando á todos de contrabando y de resistencia armada á las autoridades, de la cual resultó muerto un carabiniere, aunque sin hacer responsable determinadamente de ella á ningún individuo de la partida. El fiscal entró á mano abierta por los vericuetos del Código penal, y á éste quiero y al otro también, para abrir boca pidió un par de penas de muerte, y luego tantos años de presidio para los demás, que, si se decidieran á complacerle y cumplirlos, habían resuelto el problema de la inmortalidad. A los más favorecidos—y entre ellos figuraban Miguel y Perico—solamente les pedía el ministerio público la friolera de ocho años y un día. Con estas noticias, el pueblo, que no acaba de persuadirse de que el contrabando sea un delito, andaba soliviantado y dispuesto para intentar alguna barrabasada.

Por aquellos días la efervescencia popular se había aumentado al saber que los presos serían trasladados á la cárcel de la capital para empezar las sesiones ante la Audiencia de Jaén, y si esto se realizaba, como era verosímil, aquí concluían las probabilidades de conseguir algo práctico en favor de los pobrecitos niños de la partida del Niño Bonito. Y como en el pueblo todos eran parientes y amigos y compinches, y no faltaban corazones generosos, ni cabezas locas, ni consejos mal aconsejados, però dichos con mucho entusiasmo, era tal y tan grande el hervir de pasiones, que todos llegaron á temer que ocurriera algo muy sonado el día que la traslación se verificara. Todos estaban firmemente persuadidos de que en ese día tendrían una hora de angustia; però nadie calculaba hasta dónde iba á llegar, ni de qué límites pasaría esa angustia, que aguardaban como cosa cierta y descontada.

Los más avisados decían que mañana, al romper el alba... però no decían qué ni cómo.

El señor alcalde, muy al tanto de los manejos y de las amenazas de sus administrados, estaba sumido en un mar de perplejidades: de una parte sus amigos, para quienes parecería traición y deslealtad cualquier aviso de sus manejos, y de otra parte sus deberes de autoridad, que suponían algo, y su conveniencia de conservar la vara, que era un poco más todavía. Y en este conflicto entre sus dos conciencias, la personal y la administrativa, surgió una idea luminosa, verdadera inspiración de alcalde y de cacique, para cumplir con todos y no disgustar á ningu-

El tío Cascabeles, con la misma sonrisa y con la misma calma, imitándole en sus movimientos, asintió con un gesto:

—Bebamos; me parece mejor...

—Pues, ¡á la salud de usted, tío Cascabeles!

—¡A la suya, tío Paulino, y á la de todos!

#### VI

##### La hora de las angustias.—La del alba

Habían pasado tres meses. De nada sirvieron las iras y venidas y las declaraciones estupidamente favorables que todos los convecinos fueron prestando en obsequio de los detenidos, y de las que resultaba que la partida del Niño Bonito se componía de arcángeles serafines, que



no: llamó á conciliábulo y rabadán á los más caracterizados de los fraguadores del próximo motín, y les dijo:

—Amigos míos: Sé lo que tramáis, y mis simpatías están con vosotros.

—¡¡Viva el alcalde!!

—Pero... mi obligación de autoridad es descubriros. Y he pensado hacer las dos cosas muy bien hechas. El tío Sabandijas, secretario de este Ayuntamiento y persona de toda nuestra confianza y estimación, llevará hoy un pliego cerrado, en que daré cuenta al señor gobernador de la necesidad de enviar más fuerzas á esta localidad, porque yo considero insuficientes las que ya están aquí para custodiar el traslado de los presos. Con lo cual se demuestra que soy una autoridad celosa y previsora. Pero el tío Sabandijas, secretario de este Ayuntamiento y persona de toda nuestra confianza y estimación, no entregará ese pliego hasta que uno de vosotros vaya á escape á comunicarle que el golpe se dió. El gobernador lo sabrá después, y yo podré acreditar que las avisé antes... ¿Hace ó no hace esta combinación?

—¡¡Hace!! ¡¡Viva el alcalde!!

Y de este modo se salvaron las dos conciencias del señor alcalde de Picobravo, con gran regocijo de los manes picareseos de Rincónete y Cortadillo, y con gran veneración de sus actuales subordinados.

La víspera del día temido nadie durmió. Los mozos desaparecieron del lugar. Malas lenguas aseguraban que iban entrando uno á uno, y diseminados, en el ventorro del tío Cascabeles. Los viejos hicieron tertulia en casa del señor alcalde; las viejas pasaron la noche en vela, rezando á toda la Corte celestial, y las jóvenes, para engañar su propia agitación, y como futura coartada, armaron un juego de prendas, seguido de baile, en mitad de la plaza. Allí estaban los mozos, hasta que iban desapareciendo poco á poco...

En casa del tío Paulino la tranquilidad había tomado careta de trabajo. María Jesús y Rosario, sentadas en sillas de paja, de asiento muy bajo, iban pasando, después de medirlo, el trigo de los sacos á un arcón inmenso. El tío Paulino, con las manos cruzadas á la espalda y un descomunal cigarro de papel entre los labios, paseaba meditabundo.

A más del crujir de sus pasos, sólo se oía, á lo lejos, el rumor del canto de las mozas, y al

lado mismo, el monótono contar de las medidas de trigo, voceadas sin color ni tono por las dos muchachas, alternativamente.

—Veintisiete... veintiocho... veintinueve... y treinta...

Y al llegar á treinta marcaban uno y volvían á empezar la contabilidad.

—Uno... dos... tres... cuatro... cinco...

En una de las varias veces que sonaban los números en su oído, el tío Paulino se volvió bruscamente, porque en el acento de María Jesús había notado una entonación extraña.

—¡No llores, mujer! ¿Ya estamos de nuevo con pucheritos...? ¡Maldita sea...!

—Pero, padre, ¿cómo no he de llorar...? ¿Pero usted no sabe que le piden ocho años y un día de presidio...?

—El día no es nada, mujer...

María Jesús echó lumbre por los ojos:

—¿Y los ocho años...?

—Eso es más; lo reconozco...

—¡Y se lo llevan á un penal!

—Pero ¿adónde va á ir, señor...? ¿A una caseta de feria? ¿Y por esto vamos á estar afligidos toda la vida...? ¡Tres meses van ya que esta casa es un entierro de tercera...! Y para seguir de ese modo, permita la Santísima Virgen que os dé el tifus á todos y á mí dos veces, y me muera una... ¡ó las dos! que igual me da.

María Jesús se fundió en lágrimas. Ya no eran gotas, ni hilos, sino torrentes.

—¿Y qué culpa tengo yo, padre, de que mi voluntad sea firme...? ¿Qué culpa tengo yo—suspiraba, más que pronunciaba—de que no sea de cera y no se amolde á cambiar todas las horas...?

—¿Pero no comprendes que es un desatino seguir queriendo á un hombre que lo van á llevar ocho años á la sombra?

—¡Lo comprendo, padre! ¿Y qué más desearía yo que poder decirle á mi corazón: corazón, vas á sufrir años y años... no sufras por ese hombre; vete con otro, y el otro te querrá igual...?

—¡Pues dílo!

—¡Si es que no puedo!

—¡Maldita sea la hora del desayuno, que es la más seria con que empieza el día!

Y el tío Paulino empezó de nuevo sus paseos y sus chupadas al descomunal pitillo, que lanzaba humaredas de locomotora. Y las dos muchachas, reanudando su labor, siguieron trasladando el trigo de los sacos al arcón.

—Siete... ocho... nueve... diez... once...



Mientras el día, que de pálido se tornara ya en rojizo, iluminaba las crestas lejanas de los montes, como incendio que en la otra falda hubiera estallado, é iba esparciendo su creciente claridad por todos los ámbitos de aquella parte de la tierra.

III

## VII

### La hora de las angustias.—La voluntad paterna

Se acabó el cigarro y se le acabó la paciencia, y cuadrándose ante las dos niñas, con la voz más grave que pudo entonar y el ademán de quien está decidido á romper por todo con tal de terminar un asunto, les dijo:

—Ya están ustedes dejando la faena y escuchándome á mí, que estoy ya harto de que nadie me oiga. ¡Desde ahora mismito, aquí no se vuelve á mentar á esos niños, á esos granujas!

María Jesús le desmintió con el gesto y con la palabra.

—¡Eso no es verdad!

—¡Lo es, que lo ha dicho vuestro padre!

—Aunque lo diga el abuelo también. La verdad no tiene nada que ver con la familia.

—¡A callar, que lo mando yo! Y aquí se concluyeron las lloreras y los disgustos por dos malas personas que están metidas en la cárcel. ¿Lo has oído, María Jesús...?

—Oído queda, y con eso no hemos adelantado ni un palmo.

—¿Cómo que no?

—¡Como que no! ¿Malas personas...? ¡Peores son quienes colocan á los hombres en situación de matarse unos á otros para defender intereses que no les importan y que jamás han de ser suyos!

—¡Niña!

—¡Matar y morir, á jornal, para que recaude más una empresa, podrá estar escrito en las leyes; pero allá arriba no lo pueden leer con las mismas letras!

Y el brazo de María Jesús, recto y desafiador, parecía querer prolongarse en el espacio infinito como invocando el testimonio y la conformidad de alguien que estuviera más allá de lo visible para las humanas miradas.

El tío Paulino quiso cortar la conversación, que tomaba mal rumbo.

—¡A callar, á callar!

Pero la hembra ya estaba herida y no cejaba en la defensa.

—De callar viene todo esto, padre. Y con ellos

tiene usted la mitad de la culpa, calculando por lo poco. ¿No le dijo usted un día al Miguel que las niñas de usted, las niñas de sus ojos, no serían para un cualquiera, sino para el hombre que pudiera darles lujo y comodidades...?

—¿Y no es razonable eso en un padre?

—Lo es. Pero decirle que tenga al que no tiene, es decirle que se lo busque de prisa, ¡y de prisa hay pocas maneras buenas de buscarlo, padre!

El tío Paulino revolvía en vano su mollera para encontrar un argumento que oponerle, y no encontrándolo, apeló al supremo recurso de los superiores en edad y gobierno.

—¡Eso es faltarme al respeto! ¡Vete de mi presencia si no quieres que yo cometa un desavío...! ¡Vete, que tú vas para apóstola y nos vas á traer una mala traída á todos!

María Jesús obedeció.

—Ya marchó, para que usted no se enfade más, pero oiga usted lo último. Entre el que da un mal golpe y el que lo aconseja, aunque sea uno solo á pagar, son dos para hacer el mismo daño.

—¡Vete!

Y en tanto que María Jesús salía lentamente, llorosa de dolor pero firme de propósitos, el tío Paulino cavilaba para sus adentros:

—¿Pero quién demonio le enseñará á estas muñecas las cosas que no se atreven á pensar los viejos?...

Asustada y temblorosa quedaba allí la otra hija, la Rosarito, que no tuvo valor ni para moverse de la silla: el mármol se alejaba, pero la cera permanecía, y en ella fué á desfogarse la voluntad contrariada del tío Paulino.

—¡Y á ti te digo lo mismo, Rosarito! ¡Que sois unas malas hijas y que vais á darme una mala vejez!

—¡Yo no, padre!

—¡Tú, también, y de las dos voy á renegar puesto que ninguna sabéis demostrarme una mija de cariño, ni de consideración, ni de nada, como si fuera yo un extraño y un mal padre y un déspota para vosotras!

Rosarito no contestaba, llorando desconsolada. La cera se derretía al calor de las quejas. El padre, en cambio, iba creciendo en su propia indignación.

—¡Que si fueras tú como Dios manda, me consolarías y tendrías lástima de mi vejez!

—¡Qué razonamiento y qué lógica tan humana! ¡Que la juventud se compadezca de la vejez, euan-



do la vejez no se apiada ni quiere explicarse los impulsos de la juventud!...

Y el tío Paulino continuaba descargando hacazos...

—Es que sois malas de condición y no sois cariñosas, ni pagadas de amor, ni buenas hijas, ni nada.

Y como si en la nada residiera la mayor justificación de sus rencores, seguía diciéndoselo iracundo:

—¡¡Ni nada, ni nada, ni nada!!!



La cera se derritió por completo, se deshizo, se evaporó...

—¡No, padre, no me diga usted más! ¡Yo haré lo que usted mande y lo que usted disponga!

Si hubiera estado presente María Jesús, haría lo que ella mandara; á solas con el padre, hacía la voluntad del padre; si la dejaran sola y á merced del viento, iría rodando por los despeñaderos ó elevada por las nubes... ¡dónde el viento quisiera!...

El tío Paulino, triunfador, tuvo piedad de aquel despojo que se rendía con lágrimas y contestaba con gemidos, y estrechándola contra su pecho, la decía:

—¡No llores, boba! ¿Quién deseará tu suerte y tu bienestar más que yo?... ¿Quién te aconsejará más leal y más desinteresado?... ¿Quién hará un sacrificio más gustoso?... Y cuando yo te aparto de un camino, ese camino ha de ser malo para ti. ¿No lo comprendes, hija, no lo comprendes?

—Sí, padre, sí...

—¿Y obedecerás?...

—Sí...

—¡Júralo!

Y la pobre cera, derretida y deshecha, aun

tuvo ánimos para juntar sus dedos en cruz y llevárselos á la boca y dar sobre ellos el beso que confirma y que ata, como en nudo, la espiritual ligadura de la voluntad á la promesa.

## VIII

### La hora de la angustia.—Sangre y cera

Aún continuaban estrechamente unidos padre é hija en el abrazo con que sellaran la autoridad el uno y la sumisión la otra, cuando en la puerta de la casa, bañada de luz esplendorosa ya, se dibujó una sombra, y tras de ella la figura de un hombre, lívido y jadeante, y con el traje cubierto de polvo.

El tío Paulino y Rosarito presintieron, más que sintieron, la aparición súbita de aquel nuevo personaje, y convencidos de la inminencia de un peligro, no determinado todavía pero ya seguro y cercano, se volvieron bruscamente hacia el portón.

El tío Paulino quedó petrificado, como una estatua. Perseo, mostrando la cabeza de Medusa á los enemigos, no los aterrizzaba más, ni les producía una impresión de pánico tan enorme como aquella que sintió el buen hombre á la vista del recién llegado.

Rosarito, desencajada y trémula, abría los ojos desmesuradamente como si en ellos quisiera dar cabida material y corpórea á la visión que la trastornaba.

Y en tanto, el pobre fugitivo, jadeante aún de la vertiginosa carrera y creyendo oír resonar el silbido de las balas que le persiguieron, más veloces pero, afortunadamente, más torpes, tendía los brazos en desesperada acción de súplica y murmurando sin cesar, como si el nombre compendiara todo el ruego y toda la innecesaria explicación...

—¡Rosario!... ¡Rosario! ¡¡Rosarito!!...

Pero tardándole en llegar á los oídos la respuesta, que envolvería en el correspondido amor ráfagas de salvación, Pedro se desconcertaba y se afligía, y, sintiéndose olvidado, buceaba en el alma sin fondo de la amada con el mismo grito siempre...

—¡Rosario!... ¡¡Rosario!! ¡¡Rosarito!!...

Y como el silencio persistiera, comprendiéndose perdido en la absurda caída del que espera-



ba hallarse en tierra firme y se encuentra en el vacío inexplicable, Pedro tuvo la intuición de la catástrofe, del egoísmo que le desamparaba y del cariño que se había disipado, y sintió el frío glacial de los muertos y de los olvidados. Por la faz, morena y curtida, se extendió una pavorosa blancura, se le veló la mirada con empañes de estrabismos y de ceguera, y todo el cuerpo varonil y robusto, púsose á temblar en desmayado é inquieto desconcierto. El tío Paulino fué el más pronto en reponerse de la emoción. Lentamente, midiéndola las palabras, y sin desconocer que en ellas se jugaba la tragedia, le dijo:

—Perdona, Pedro, pero tú comprendes bien que vas á comprometer la casa y á nosotros sin provecho para ti...

Pedro no dió muestras de haberle comprendido; quizá ni de haberle escuchado. Lo que le abrumaba era el silencio de Rosario; lo otro, lo demás, todo, incluso la libertad y la vida que á cada segundo de vacilación se veían más en riesgo, no era nada, ni valía siquiera el trabajo de colocarla en la balanza...

El tío Paulino había encontrado su idea y con ella se defendía.

—No es que nosotros no tengamos ley por ti y deseo de ayudarte en este mal paso, no. Es—compréndelo, Pedro—que no te favorecemos escondiéndote, que te entregamos antes, y en cambio tú nos perjudicas...

Pedro no respondía; el eco de aquellas palabras, y las palabras mismas, no llegaban á formar un sentido que mereciese una contestación inmediata. Su espíritu, anegado en el silencio de la otra voz que aguardaba en vano, no recogía las vibraciones de los demás sonidos, y en el espantable silencio se amurallaba también. Venía luchando contra el Destino y contra la Ley y contra la Fuerza, por defender unas horas de libertad, y dispuesto á pagar con la vida un error ó un tropiezo en la jornada; pero al encontrarse con la amada, impasible y ajena á todos sus martirios, el vigor se le trocó en desmayo, y la actividad en inercia, y allí se estaba sin ánimo, como si de golpe se le hubieran caído todas las audacias y todos los impulsos. Los ojos se le habían puesto vidriosos, y el temblor del cuerpo era á sacudidas é intermitente, pero los brazos no se tendían suplicantes, ni de la boca salía ya el nombre adorado. Era la entrega total, la ruina, el desquiciamiento, efectuado de un solo tajo y á cercén.

Rosarito no aleteaba. Un momento, en que la voluntad y la compasión se inclinaron del lado de Pedro, sintió la mano del tío Paulino, sujetándola fuertemente y ya no tuvo arranque para insistir.

Pero los minutos corrían y era menester cortar aquella situación peligrosa.

—¡Escapa, muchacho, escapa! ¡No des más tiempo á los que te siguen! ¡Gana pronto la sierra!... Ya sabré yo dónde paras y allí recibirás cuanto necesites.



Pero no se movió. ¿Qué le importará á la piedra que sobre ella caiga frío ó calor, nieve ó rayos de Sol?...

Decidido á terminar, el tío Paulino avanzó, y poniéndole una mano en el hombro, le dijo:

—¡Vete, Pedro! Es una temeridad que permanezcas aquí ni un segundo más. ¡Vete!

Y como el otro se obstinara en su mutismo y en su inmovilidad, quiso tener para él una palabra piadosa.

—Sálvate ahora. ¿Quién sabe las vueltas que puede dar el mundo? Y quizá algún día Rosarito...

La sangre toda, como en una avalancha, se precipitó de improviso por las venas, y de lívido que estaba se tornó en escarlata.

El mismo tío Paulino se asustó, temiendo que le diera una congestión; pero Pedro sonreía, preguntándole:

—¿Y quizá algún día Rosarito...?

—No te reciba tan friamente... es decir, friamente no, son las cosas que vienen así hoy...



—¿Y puede ser que me quiera algún día?... ¿Es eso lo que usted me da á entender, tío Paulino?...

—Eso es.

Pedro miró á Rosario.

—¿Es eso?...

El tío Paulino, viendo disiparse el nublado tan fácilmente, tuvo una magnanimidad.

—Respóndele tu misma, mujer...

Rosario movió la cabeza afirmativamente.

—Dilo con la boca, mujer...

—Eso es. Algún día...

Pedro sonreía aún más.

—Pues para ese día, Rosario, y usted, tío Paulino, vayan recibiendo ya un cachito de lo que merecen...

Y sin dejar de sonreír y de mirarlos con fijeza, escupió hacia donde estaban, y la saliva, escuriéndose mal de la boca seca y pegajosa, quedó un momento colgada de los labios, hasta que Pedro, moviendo con rabia la cabeza, logró que se desprendiera y fuese al suelo...

Rosario ahogó un grito. El tío Paulino comenzó una blasfemia... pero los dos se contuvieron, cegados y dominados por la justicia del desprecio que les envolvía.

A lo lejos se oían voces. La inminencia del peligro les devolvió la razón exacta del peligro.

—¡Huye, Pedro, huye!—exclamó el tío Paulino.

—¡Huye!—repitió Rosario, espantada.

Pedro marchaba despacio...

—¡Pero corre, hombre, corre!

Pedro se volvió á mirarlos. De los labios, que él mismo se mordía, bajaba un hilito de sangre...

—¿Y para qué he de correr?...

—¡Para salvarte, hombre!

—¿Para salvarme?... Eso no les importa á ustedes.

Y volviéndoles la espalda siguió marchando sin prisa y sin afán de alejarse...

La sangre, hirviente y bullidora, se daba el supremo lujo de no defenderse.

Y la cera, la débil cera en que se moldeara el alma de Rosario, una vez más se fundía y se licuaba en el tibio calor de sus mansedumbres...

## IX

### Las alondras

Cuando hubieron quedado solos, la hija se dejó caer en una silla, sollozando: el padre tornó á sus paseos. Habían salvado una situación difícil, librándose del evidente compromiso, pues su casa sería de las primeras registradas, pero

no estaban satisfechos. La hija se acusaba de falsa y desleal; el padre, recordando sus épocas de contrabandista, pensaba que él pudo hallarse en igual apuro, y que en otros, si no tan graves, muy parecidos casos se había hallado, y nunca faltó un alma buena que le socorriera... y ahora, que le llegaba el turno de amparar, dentro de sí mismo no se albergaba más que un alma de egoísta.

Ya encontraba disculpas y razones poderosas y motivos sagrados para su conducta; pero todos juntos no disipaban aquel fermento agrio y acusador que se alzaba en su conciencia. Los otros, los que le protegieron á él en sus horas malas... ¿no tendrían también algún motivo para desentenderse y rechazarle?... Y, sin embargo, no le abandonaron y fueron caritativos. Y comparando acción con acción, la suya se ennegrecía siempre.

De pronto, sus facciones se reposaron volviendo á la calma habitual, y, sin dejar sus paseos, llamó con acento sonoro y tranquilo:

—¡Perfecto!... ¡Perfecto!... ¡Niño!

Rosario se atrevió á preguntar tímidamente:

—¿Quiere usted algo, padre?...

—Nada. ¡Perfecto! ¡Perfecto!...

El Niño, que se dejaba llamar con un nombre tan cabal, era un zagalón de veinticuatro años, rollizo y coloradote, con el pelo ensortijado, ojos saltones, pardos, y carrillos como nalgas, que medio ocultaban una boca pequeñísima, lo que concluía de darle bastante parecido con aquella otra parte del cuerpo en donde el nombre que le daban á los carrillos tiene su más exacta aplicación. No era mal mozo, ni mal proporcionado, pero como las ropas se le habían quedado cortas, de las mangas á las manos y de los pantalones á los pies había un buen brinco, haciendo el efecto aparente de tener brazos y piernas descomunales. Por lo demás, un muchacho apreciable y servicial, siempre risueño, y rematando á satisfacción sus cometidos en la casa, donde servía de criado y mozo de caballería, amén de servir para todo.

Pues esta serie de imperfecciones, que respondía por Perfecto, era la llamada con tantas voces por el tío Paulino.

—¿Qué manda usted, señor amo?

—¿Qué estás haciendo?...

—Poca cosa...

—Pues siendo tan poco, vas á hacer otra cosa de más gusto.



—Usted dirá...  
—Ya va para ocho días que has pedido licencia para ir á tirar unas alondritas al campo. Puedes irte, Perfecto.

—¿No es broma...?

—No es broma. Llévate mi escopeta.

—¿Y qué tiempo da usted de permiso?

—El que haga falta y una miaja para volver.

—¿Y la obligación quién la repara...?

—No te apures, que todo se arreglará.

—Bueno. ¿Entonces como dos horas...?

—Como dos horas. Anda con Dios, niño.

—¡Y muchísimas gracias...!!

—Ah... oye. ¿Hacia dónde te encaminas?

—¡Toma! Pues al pie de la sierra, que es...

—No.

—¿Cómo que no? El sitio mejor. Más allá de los olivos, en los claros, que acuden al espejuelo como tontas.

—No.

—¿Cómo que no...?

—Que no debes ir por ahí, niño.

—¿Pues, por dónde?

—Al otro lado. Mismo frente por frente.

—¿Entre los olivos?

—Eso es.

—¿Pero ahí no va casi ninguna...?

—Pues ahí te quiero ver con las habilidades. Y si no son todas alondras, serán otros pajaritos. A perro te pago cada uno.

—¿Es capricho de arroz...?

—Sin arroz... pero es capricho de pájaros hoy...

—Pues empiece usted á preparar perros.

—Vete, Niño, vete..., y buena puntería.

Apenas salió Perfecto, más contento que unas Pascuas, Rosario, dolida de aquellos encargos y de aquellas fantasías de alimentación, que tan mal cuadraban con las angustias de todo el pueblo, no pudo menos de quejarse:

—¡Parece mentira, padre, que tenga usted la imaginación para esos delirios de pajaritos!

—Es un capricho de viejo...

—¡De mala entraña sí que es!

—¿Y tú que sabes de mis pensamientos, Rosario...?

—¿Pues no los veo...? ¿Cuando á ese pobrecito le van á echar mano, y la mitad de la culpa por nosotros, usted se arranca por pajaritos...? ¡Permita Dios que no traiga uno!

—Como tú lo dices. Cuando á ese pobrecito le vayan á echar mano, suenan los tiros por el otro lado: los que persiguen, creerán que por el

otro lado hay pelea y al otro lado se irán como centellas... y mientras, por el lado de la verdad se escapará el que huye. ¿Ves que mala entraña tengo...?

—¡Entonces quiere decir que las alondras son...!

—Las alondras son... alondras. ¿Me parece á mí que no habrá quien se le ocurra otra cosa...?

—¡Eso es corazón, padre!

—Chochees, niña, chochees de viejo. ¿Y á María Jesús ni chistarlo, eh...?

—¡Descuide usted!

—Descuido, pero cuidémonos todos, que nunca sobra.

Y sonriendo por primera vez en aquella mañana de zozobras y de inquietudes, el tío Paulino añadió bondadosamente:

—¡Y á ver los perros que me cuesta ese condenado Perfecto, que con lo bien que tira, muchos pájaros va á traer para casa...!

## X

### La alegría de los tristes

El rumor lejano se había aproximado, y en tropel entraron un manojo de muchachas y seis hombres entre ellas.

—¿Qué pasa...?

Uno de los hombres, mocetón fornido, adelantó.

—Pasa, que hemos aguardado en la carretera, sobre la peña del pastor, á que cruzaran los civiles con el Niño Bonito y los suyos, y en cuanto que asomaron se armó una de tiros que Dios se escondía, y cada cual se largó por donde pudo, y tras de todos andan.

—¿Y ahora...?

—Ahora, cada uno su suerte, y nosotros á bailetear aquí y á tocar las palmas, por si viene alguno á fisionear, que vendrán de fijo, que nos encuentren muy divertidos y no puedan achacarnos á nosotros la danza de la carretera.

—¿Hay heridos...?

—Dos: quedaron en el ventorro. Allí, aunque rebusquen, no los tropiezan. Y los demás nos dimos cita aquí, y ya irán viniendo. Como es el cumpleaños de María Jesús, usted obsequia... y basta de explicaciones. Estas niñas que empiecen sus cantos, y á nosotros venga una poquita de agua para quitar las manchas de pólvora de las manos.

María Jesús apareció en la puerta interior. ¿Qué hay...? preguntó ansiosa.



—Tu Miguel, libre.

—¿Dónde?...

—Echale un galgo. Pero ya sabrás tú de él en cuanto se vea seguro. Y á bailar, niñas; que ha de oírse de lejos la alegría.

Como si fuera una consigna, á la orden del mozo todas las mujeres sacaron sus castañuelas,

El comienzo fué de su agrado.

—¿Soleares?... No está mal eso. Mi niña, la María Jesús, sabe más de una miaja en el canto y se va á ver ahora mismo.

—¡Padre!...

El padre, que barruntó una rebelión, quiso cortarla de raíz.



repiqueando en ellas de firme. María Jesús y Rosario, obedientes al ejemplo de aquel improvisado comité de salvación pública, cogieron las suyas, y un mozo, que al vuelo había cambiado la escopeta por una guitarra, rasgueaba en ella con primoroso donaire los acordes de las clásicas soleares.

El tío Paulino, convidador forzoso de aquella tertulia, estaba ya descorchando unas botellas de manzanilla olorosa, que tenía fama de calentar pronto los cascos después de pasar suavemente por la garganta, y para él se reservaba unos tragos de aquel otro amigo de Cazalla con quien no interrumpiera jamás sus francas y constantes relaciones. Una vez cumplido este deber de obsequiar á los tertulios y de obsequiarse él mismo, se decidió á velar por la armonía y compostura de la fiesta, dirigiéndola y encauzándola.

—No te pongas tonta, ¿eh?...

María Jesús, un poco extrañada de aquel imperio en la voz, no quiso armar bronca delante de los extraños, y cedió su lucha.

—¿Qué manda usted?...

—Lo que te salga del moño.

—Soleares tocan...

—Pues con soleares. Y después que te las cantes, te las bailas.

—¿Y después?...

Volvió la rebelión á iniciarse. Pero el tío Paulino no se arredró.

—Después las mascas ó las duermes ó las llevas al demonio, que eso ya es menos esencial para estos amigos y para mí.

—Pues por usted van.

—Gracias. Pero un pedazo va también por todos.



María Jesús no replicó más, fué á colocarse en el centro del grupo como cantadora de cartel sobre el tablado, é irguiendo el soberano busto, dijo la palabra consagrada en el ritual del oficio:

—¡Venga!

Al conjuro, el Niño de la guitarra se arrancó con filigranas y primores de punteado, para mostrar lo que era el hombre con las cuerdas. Poco á poco de aquel enjambre de notas que parecían atropelladas y confusas, fué destacándose una, cada vez más sola, más insistente y con menos ropaje, y todas las demás semejaban que eran su cortejo y no servían si no para el lucimiento de ella.

El tío Paulino respiró por su juventud.

—Eso está bien, niño...

El niño no se dignó responder, que tenía todos los sentidos suspensos de su propio prodigio. Al fin la nota, aislada y solitaria y como desprendida de sus hermanas, vino á morir en un gemido intenso...

Y entonces, como si renaciera, perfectamente afinada, y recogiendo de la guitarra para hacerla vibrar en la garganta, se oyó la voz de María Jesús que gemía con los preludios del canto, al modo típico andaluz.

El tocador, atento ya únicamente á seguir los tonos que la voluntad de la cantadora quisiera ejecutar, se limitaba ahora á rasguear pianísimo y espaciado unos débiles acordes.

De pronto la voz se robusteció, cesaron los ayes y los suspiros, y surgió la copla con toda la bravura de la sierra y toda la tristeza de un país que se añora de soledades...

¡Mira si es pena la mía  
que me da pena el saber  
que en el mundo hay alegría!...

Aunque estaban acostumbrados á oírle coplas primorosamente cantadas, aquélla les llegó más á lo hondo, como si la cantadora hubiera puesto una herida á la luz del día, y un murmullo de admiración salió de todos los labios.

Pero ya el de la guitarra se había arrancado con un motivo más alegre, más rápido y de compás acentuado fuertemente, invitando al baile, y todos le seguían con sus castañuelas los unos y con el batir de sus palmas los otros, y á coro cantaban uno de los infinitos estribillos que sirven para jalear á los bailadores.

¡Dale vivo,  
dale palmas,

si quieres que el baile  
se marque con alma...!

## XI

### Unos nacen con estrella y otros nacen estrellados

Dominando el ruido del baile y de las castañuelas, se oyó una voz varonil:

—¡María Jesús! ¡María Jesús!

Y sin acabar de oírse, ya respondió María Jesús corriendo á echarse en brazos de quien la llamaba.

—¡Miguel! ¡Miguel!

El tío Paulino, desesperado, se tiraba de los pelos que aún le permanecían fieles, diciendo:

—¿Pero esto va á ser un Hospicio, señor?...

Miguel, sin respiración casi, explicaba su presencia. En cuanto empezó el barullo de los tiros en la Peña del Pastor arreó hacia la sierra con todo el poder de sus piernas ágiles y de sus pulmones poderosos, sacando á sus perseguidores una distancia enorme. Ya se creía en seguridad para reposar un momento cuando de pronto fué á dar con una pareja que sana de no sé dónde, y otra vez hubo que empezar la fantástica carrera, sólo que ahora ellos venían descansados y él rendido y agotado, y lo peor de todo es que le empujaban hacia el llano y allí le alcanzarían las balas sin remedio.

—Por la Virgen y por ti, escóndeme, María Jesús!

María Jesús no vaciló un segundo.

—¡Ven á mi cuarto!

El tío Paulino se interpuso.

—¡Tú estás loca! No hagas eso, que registrarán. María Jesús insistió.

—¡Ven!

Y con sus propias manos le llevaba.

—¡No! —rugió el tío Paulino, desesperado—. Que es la perdición de todos.

Desde la puerta, una moza que atisbaba, lanzó á media voz la tremenda amenaza... ¡que vienen!

María Jesús intentó, medio por fuerza, franquear el obstáculo que la persona de su padre le oponía; pero el tío Paulino resistió firme.

—¡No y no, te digo!

La moza, desde la puerta, tornó á dar el aviso: ¡que vienen, que ya están al pie de la cuesta!

Y entonces María Jesús, en un arranque de fiera y de amor, jugándose la última carta de aquella baraja en que la muerte era triunfo, cogió bruscamente á Miguel, y empujándole con



la inmensa fuerza de todo momento decisivo, le hizo entrar en el arcon, mediado ya de trigo, y cerró la tapa.

El tío Paulino, como una fiera, corrió á impedirlo; pero María Jesús, al verle venir, se subió ella misma sobre la tapa, puso en jarras los brazos, centelleó los ojos en amenaza de animal acorralado, y con todo el brío de su alma gritó:

—¡Vengan palmas! ¡Vengan!

Y como hubiera un instante de vacilación, María Jesús, marcándose ya el baile ella sola, les lanzó una injuria:

—¡Cobardes! ¿Tenéis miedo...? ¡¡Vengan palmas, vengan!!

Y todos, fanatizados por su bravura, obedecieron con ímpetu el mandato, y la casa resonó con el bullicio y la jarana.

Cuando se calmó un poco aquel frenesí de palmadas y de olés y de castañuelas, la voz de María Jesús se elevó serena y dulce y reposada:

—Madre é los desamparaos...  
aunque has de mirar á muchos.  
mira un poco pá este lao...

Y, en seguida, todos repetían, mientras María Jesús bailaba:

—¡Dale vivo,  
dale palmas,  
si quieres que el baile  
se marque con alma...!!

## XII

### Cómo caen las alondras

En la puerta aparecieron dos guardias.

—A la paz de Dios y de las buenas gentes—dijo uno.

El tío Paulino, que en el peligro inmediato había recobrado todo su aplomo, se adelantó á recibirles.

—A la paz de Dios.

—¿Aquí ha entrado un hombre ahora...?

—¿Aquí...?, los que hay en la sala, y nada más.

Y el tío Paulino sonrió: había contestado, y no había mentido.

—Nos pareció de lejos...

—Pues registren, que la casa está abierta.

Los guardias se miraron indecisos. El tío Paulino aprovechó la indecisión.

—¿Quieren ustedes que les acompañe ó quieren entrar solos?

—No hace falta... Si usted lo asegura...

—Yo y todos. Pero pronto se ve si hay duda.

María Jesús cortó las vacilaciones.

—Deles un trago, padre... y nosotros, con su permiso, vamos á seguir. ¡Vengan palmas, niños!

Y la voz de María Jesús, fresca y limpia, lanzó al aire la copla:

—¡Ay pobre de la mujer,  
que como otras pisan tierra  
ella pisa su querer!...

Aún sonaba armonioso el eco dulcísimo de la cantadora, cuando hacia los olivos se oyó un tiro, y en seguida otro... y otro... y otro...

¡Los guardias salieron á escape! Las mujeres empezaron á chillar y los hombres, inquietos, no sabían qué hacer.

Pero el tío Paulino los detuvo.

—¡Estaos sosegados, niños, que ha caído una... ya cayó otra... que ese Niño, ese Perfecto, tira mucho!...

Rosario, con lágrimas en los ojos y en la voz, preguntó:

—¿Las alondras, padre?

—Las alondras, hija, que van cayendo como caeis vosotras.

María Jesús, sin darse bien cuenta, requirió una aclaración.

—¿Qué es, padre?

—Lo vuestro, quereres de mozos, que todo lo atropellan; lo mío, quereres de viejo, que todo lo van arreglando después...

Y mientras Rosario les explicaba la treta del tío Paulino para dar facilidades en la huida de Pedro, María Jesús alzaba la tapa del arcon para que respirara Miguel.

La voz del tío Paulino se impuso á los transportes de alegría.

—Siga el baile, niños, siga...

Y María Jesús, sin soltar de la mano á Miguel, que la miraba embelesado, aún tuvo ánimo para cantar:

—¡Por lo que he engañado ahora  
no me digas algún día  
que yo he sido engañadora!...

Y se echó en sus brazos, rendida ya á la emoción, mientras los otros jaleaban en vano para que comenzase el baile...



## PEDID SIEMPRE ESTA MARCA

Se emplea con éxito  
seguro en el reuma-  
tismo articular agudo  
y crónico y en la gota.

Es el mejor polvo  
dentífrico y el más  
económico



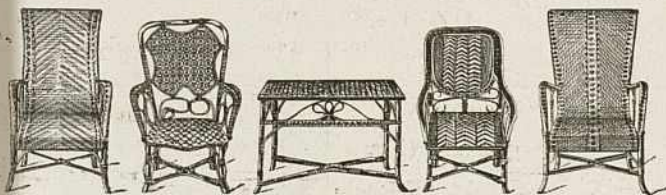
Sustituye en bondad  
y es más económico  
que todas las aguas  
minerales usadas  
para las enfermeda-  
des del estómago

Cajas de pastillas  
comprimidas de bi-  
carbonato de sosa á  
0,50 la caja

CAJAS A 0,50 Y UNA PESETA

Latas que resultan más económicas, á 5 pesetas

### Gran fábrica de muebles de junco esmaltado



DE MARIANO V. GARCÍA

CALLE DE VERGARA, NÚMERO 1

(frente al Real) MADRID



### LA ECONÓMICA PELUQUERÍA DE SEÑORAS

Últimos modelos en pos-  
tizos de fantasía, pelucas  
de señora y caballero, bi-  
soñés, rayas, trenzas y  
moñas. Última novedad.  
Precios muy económicos

Cecáreo Castresana

Huertas, 4 (al lado  
de San Sebastián)

### PARA CASAS DE CAMPO

No hay luz que se asemeje en intensidad, blancu-  
ra y fijeza, á la de incandescencia, por gasolina,  
de la casa Laorden y Compañía, Atocha, 43,  
Madrid.

Es inexplorativa. No produce humo ni olor.

### Fábrica de corbatas

CAMISAS, GUANTES, GENEROS PE PUN-  
TO, ELEGANCIA, SURTIDO Y ECONOMIA  
Precio fijo. CAPELLANES, 12. Precio fijo

### ¿TENEIS CALLOS?

¿Por qué estabas ayer quieto  
Y por qué estás hoy bailando?  
¡Es porque me estoy curando  
Con el CALLICIDA GUETO!

Frasco con pincel, 0,75 céntimos

VILLEGAS: Plaza del Angel, 16

y en todas las buenas farmacias

### UNA HERMOSA

y abundante cabellera se tendrá siempre usando  
el RON QUINA ABROTANO MACHO

DEPÓSITO EN MADRID

PERFUMERÍA SALVANY

7, FUENCARRAL, 7



# BIBLIOTECA RENACIMIENTO



V. PRIETO y C.<sup>ª</sup>, editores  
PONTEJOS, 8.—MADRID

Esta Biblioteca publica las obras de los más ilustres y populares escritores modernos



... FELIPE TRIGO ...  
**LAS EVAS  
DEL PARAISO**  
NOVELA



## ULTIMAS

## PUBLICACIONES

**Ricardo León.**—Casta de hidalgos. 3,50.—El amor de los amores. (Novela premiada por la Real Academia Española.) 3,50 pesetas.

**Alberto Insúa.**—Las neuróticas. 3,50.—La mujer desconocida. (Novela.) 3,50 pesetas.

**Pío Baroja.**—César ó nada. (Novela.) 4 pesetas.—Las inquietudes de Sandi Andía. (Novela.) 3,50.

**Joaquín Belda.**—La farándula. (Novela.) 3,50.—Memoria de un suicida. 3,50 pesetas.

**Ramón Pérez de Ayala.**—A. M. D. G. (La vida en los colegios de jesuitas.) 3,50 pesetas.

**R. López de Haro.**—Entre todas las mujeres. (Novela.) 3,50 pesetas.

**Vivero y Villa.**—Cómo cae un trono. (La revolución en Portugal.) 3,50 pesetas.

**Eduardo Marquina.**—Doña María la Brava. 3,50.—En Flandes se ha puesto el sol. 3,50 pesetas.

**Angelina Alcaide de Zafra.**—La tontería de un «gato». (Novela.) 3,50 pesetas.

**Condesa de Pardo Bazán.**—Dulce dueño. (Novela.) 3,50 pesetas.

**Felipe Trigo.**—Las Evas del Paraíso. 3,50.—Las posadas del amor. (Novelas.) 3,50 pesetas.

**José Francés.**—La guarida. (Novela.) 3,50 pesetas.

**S. y J. Alvarez Quintero.**—La rima eterna. 3 pesetas.—La flor de la vida. 3 pesetas.—Comedias escogidas, (Tomo I.) Los galeotes.—El patio.—Las flores. 3,50 pesetas.

**Miguel de Unamuno.**—Mi religión. 3,50.—Por tierras de Portugal y España. 3,50 pesetas.

**José María Salaverría.**—Las sombras de Loyola. 2 pesetas.

**Juan R. Jiménez.**—Pastorales. (Poesías.) 3,50 pesetas.

**Manuel Machado.**—Apolo. (Poesías.) 3,50 pesetas.

**R. Sánchez Díaz.**—Jesús en la fábrica. (Novela.) 3,50 pesetas.

**Andrés González Blanco.**—Matilde Rey. (Novela.) 3,50 pesetas.

**G. Martínez Sierra.**—Canción de cuna. 3,50 pesetas.

**Eduardo Zamacois.**—El otro. 3,50 pesetas.

**Francisco Villaespesa.**—Bajo la lluvia. 3,50 pesetas.

**Jacinto Benavente.**—Obras escogidas. 3,50 pesetas.

**Don Pío.**—El libro de «Gallito». 3,50 pesetas.

MIGUEL DE UNAMUNO  
**MI RELIGION**  
Y OTROS ENSAYOS BREVES



BIBLIOTECA RENACIMIENTO  
V. PRIETO Y CA  
EDITORES  
MADRID

Ricardo León  
**Casta de hidalgos**  
Novela



Doña MARÍA LA BRAVA  
E. MARQUINA

